

¿Cómo enfrentar a los regímenes autoritarios modernos? (Una retrospectiva desde Nicaragua)



NOVIEMBRE 2024

Autor: Yoel Ibazan Sandino Ibarra

Nació el 28 de febrero de 1996 en Managua, Nicaragua. Es un administrador de empresas graduado de la Universidad Nacional Autónoma de Nicaragua (UNAN – Managua). Trabajó como inspector de campo en la empresa aguadora de Nicaragua (ENACAL) antes de involucrarse en las protestas antigubernamentales de abril de 2018. Su activismo en redes sociales contra la dictadura lo llevó a ser arrestado en noviembre de 2021. Fue liberado en febrero de 2023, con el grupo de 222 nicaragüenses desterrados, desnacionalizados y confiscados por el régimen. Actualmente reside en los Estados Unidos.

El presente trabajo ha sido revisado y corregido en términos de redacción y estilo utilizando herramientas de inteligencia artificial. No obstante, el contenido y las ideas expresadas en este documento son responsabilidad exclusiva del autor, quien también realizó la verificación final del texto.

Índice

I. Introducción.....	4
II. Es una cuestión mundial.....	6
III. La desventaja técnica de la superioridad moral.....	8
1. Fortalecimiento de los servicios de inteligencia y contrainteligencia democráticos:...	9
2. Adaptación de estrategias prodemocráticas a contextos locales:.....	10
IV. El detalle de las redes sociales.....	10
1. Desarrollo de una estrategia digital coordinada y ágil:.....	12
2. Capacitación y empoderamiento de ciudadanos y activistas.....	12
3. Humanización del discurso democrático.....	13
V. El <i>Wokeismo</i> y el supremacismo intelectual.....	13
VI. Los aliados naturales.....	14
VII. La prevención siempre es el mejor camino.....	16
1. Definir criterios claros de autoritarismo:.....	18
2. Monitoreo constante de movimientos políticos emergentes:.....	18
3. Crear legislación específica para limitar el ascenso de movimientos autoritarios.....	19
4. Fortalecer la educación cívica y política:.....	19
5. Promover un discurso unificado en defensa de la democracia:.....	19
6. Vigilar el financiamiento de los movimientos y partidos políticos:.....	19
7. Utilizar las redes sociales para desenmascarar discursos autoritarios:.....	19
8. Formar alianzas internacionales en defensa de la democracia:.....	20
9. Reforzar las instituciones democráticas desde dentro:.....	20
10. Actuar rápidamente y no subestimar el peligro:.....	20
VIII. La cuestión ideológica.....	20
IX. El resurgimiento del Fascismo.....	22

X. Nicaragua un riesgo de seguridad nacional para las democracias del continente americano.....	24
Presencia de Rusia en Nicaragua.....	24
Infiltración China.....	24
El papel de Irán:.....	25
XI. La necesidad de un balance político basado en la ciencia y la razón.....	25
Un Camino Hacia el Futuro.....	27
XII. Los demócratas versus los autoritarios.....	27
XIII. Conclusión.....	29

I. Introducción

Anteriormente, consideraba que el autoritarismo era una condición antinatural de la humanidad, originada principalmente por la ignorancia y la falta de criterio de las masas, que pueden ser fácilmente manipuladas por líderes astutos y carismáticos. No obstante, tras observar en los últimos meses el surgimiento de nuevos fanatismos y extremismos, además del que conocía en mi país natal, el sandinismo, he llegado a una conclusión diferente. Quisiera compartir alguna de estas reflexiones en este ensayo, elaborado en el marco del [Programa de becas para la Democracia en Nicaragua](#).

El autoritarismo parece ser, en realidad, una condición natural e inevitable de nuestra especie. Esto no se debe exclusivamente a la ignorancia, sino a otros factores más complejos. De hecho, hay individuos que, siendo plenamente conscientes de los riesgos que conllevan los líderes autoritarios, deciden apoyarlos por una variedad de razones que van desde la rabia colectiva, provocada por la negación o ridiculización de sus creencias y valores, hasta el deseo de ocupar posiciones de poder y reemplazar a las clases privilegiadas.

Mi antigua percepción, según la cual el autoritarismo era abrazado mayoritariamente por personas desinformadas o con poca educación, ha quedado obsoleta. He sido testigo de cómo personas inteligentes y con formación profesional respaldan posturas que claramente van en contra de sus propios intereses, e incluso que les han causado daño. Estos individuos, a pesar de enfrentarse a evidencia histórica y contemporánea, insisten en defender a líderes, ideologías o movimientos autoritarios.

Solía repetir, como muchos, la famosa frase: "quien no conoce la historia está condenado a repetirla", pero hoy estoy convencido de que, incluso con conocimiento de la historia, el ser humano, bajo ciertas circunstancias, está dispuesto a repetir los mismos errores, aunque ello vaya en detrimento propio.

Actualmente vivimos una era en la que el autoritarismo está en auge, no solo en países con dictaduras socialistas como el mío, sino en muchas partes del mundo. Las redes sociales han desempeñado un papel importante en la expansión de estas ideologías autoritarias, facilitando la captación de más seguidores. Quizás fuimos ingenuos al pensar que una tendencia más loable respecto a la condición primitiva de la humanidad se impondría y ganaría apoyo masivo en estos medios. Ante esta realidad, quienes defendemos la democracia y la libertad nos encontramos con un panorama cada vez más dominado por la tiranía, mientras que el liderazgo democrático occidental se muestra debilitado por sus propias divisiones internas. Esta situación se asemeja a la decadencia del Imperio Romano, solo que lo que presenciamos hoy es el ocaso del mundo democrático.

Sin embargo, **no todo es desalentador**. Las sociedades humanas, al igual que el universo, están en constante evolución. Ante esta nueva era, quienes creemos en la democracia debemos adaptarnos y ajustar nuestras estrategias para contrarrestar el avance del autoritarismo, tanto en nuestros países como en el ámbito internacional. Quizás, en un futuro no muy lejano, logremos restablecer la democracia como el estándar global. Así como el autoritarismo aparece y desaparece a lo largo de la historia, la democracia también lo hace. Es posible que esta alternancia entre ambos sistemas genere un cierto equilibrio que permita a la humanidad prosperar, o tal vez sea todo lo contrario. Lo que es indudable es que **quienes defendemos la democracia debemos actuar con la**

misma determinación que los autoritarios, quienes trabajan constantemente para imponer su visión del mundo.

Para avanzar en esta lucha, es esencial reconocer que el orden internacional, basado en la democracia y los derechos humanos desde el final de la Segunda Guerra Mundial, se encuentra profundamente debilitado. Las tiranías actuales han aprendido a adaptarse y prosperar bajo las estrategias tradicionales que el mundo libre ha utilizado para enfrentarlas, tales como sanciones económicas, condenas internacionales y el aislamiento en foros multilaterales. Además, el avance tecnológico ha permitido que estas tiranías se comuniquen, coordinen y compartan estrategias represivas de manera más eficiente, creando una especie de ecosistema autoritario global sin precedentes. Ante este escenario, los defensores de la democracia nos enfrentamos a la difícil pregunta: ¿qué más podemos hacer?

Si las vías diplomáticas actuales no son efectivas para derrocar a estas tiranías ni lograr transiciones pacíficas hacia la democracia, ¿qué otras alternativas existen? Esta es una cuestión recurrente en diversos foros de oposición en Nicaragua y en diálogos democráticos alrededor del mundo. La respuesta no es sencilla de implementar en la práctica, pero a nivel teórico se puede esbozar con claridad. Este ensayo no pretende ofrecer una verdad absoluta sobre cómo enfrentar el régimen sandinista u a otros regímenes autoritarios en el mundo, sin embargo, plantea **una alternativa a las estrategias que, hasta ahora, no han dado los resultados esperados.**

II. Es una cuestión mundial

Durante los últimos veinte años, hemos presenciado un preocupante retroceso de la democracia en diversas partes del mundo, con un impacto especialmente severo en América Latina. La región, que durante las décadas de los 80 y 90 parecía avanzar hacia la consolidación democrática tras largos periodos de dictaduras, hoy enfrenta un resurgimiento de regímenes autoritarios y populismos que amenazan con desmantelar los logros alcanzados en términos de derechos humanos y libertades civiles.

Países como Venezuela, Nicaragua y, más recientemente, El Salvador, son claros ejemplos de cómo líderes inicialmente elegidos democráticamente han utilizado su poder para erosionar las instituciones, controlar los medios de comunicación y silenciar a la oposición. El caso de Venezuela es quizás el más emblemático: lo que comenzó como un proyecto político con promesas de justicia social se transformó en un régimen autoritario que ha sumido al país en una crisis humanitaria sin precedentes, marcada por el éxodo masivo de millones de venezolanos. En Nicaragua, el régimen sandinista de Daniel Ortega ha hecho lo propio, eliminando cualquier vestigio de democracia al reprimir brutalmente a los manifestantes y encarcelar a sus oponentes políticos.

Este fenómeno no se limita a unos pocos países. En Brasil, el mandato de Jair Bolsonaro reveló el peligro de líderes populistas que desprecian las normas democráticas y socavan la credibilidad de las instituciones con discursos polarizantes. En México, la administración de Andrés Manuel López Obrador mostró signos preocupantes de concentración de poder, ataques a la prensa crítica y a la independencia del poder judicial, generando tensiones sobre el futuro de la democracia en dicho país.

El retroceso democrático en América Latina también ha sido impulsado por el desencanto popular hacia los gobiernos que, aunque democráticos, no han logrado reducir la desigualdad ni mejorar las condiciones de vida de la población. La corrupción, la ineficacia institucional y la creciente desigualdad han generado un terreno fértil para el surgimiento de líderes que, bajo la bandera del "cambio", terminan adoptando prácticas autoritarias que perpetúan sus poderes y debilitan las democracias.

Sin embargo, esta crisis de la democracia y los derechos humanos no es solo un fenómeno latinoamericano. En los últimos años, hemos visto cómo regímenes autoritarios se consolidan y ganan influencia en otros rincones del mundo. Rusia, bajo el liderazgo de Vladimir Putin, ha reforzado su control absoluto sobre el poder mientras persigue implacablemente a la oposición, restringe las libertades civiles e invade militarmente a Ucrania. China, con un régimen totalitario que no solo mantiene a su población bajo una vigilancia constante, también exporta su modelo de control autoritario a otros países y mantiene una constante amenaza de invasión contra Taiwán. Europa no ha estado exenta de esta dinámica: Polonia y Hungría han dado señales de retroceso democrático, debilitando la independencia judicial y adoptando políticas que atentan contra los derechos fundamentales.

Hoy, la crisis de la democracia ya no es una problemática confinada a unos cuantos países. Nos enfrentamos a una situación en la que el sistema democrático, que se pensaba consolidado tras la Guerra Fría, se tambalea frente a una creciente ola de autoritarismo y populismo global. Las redes sociales, que alguna vez se creyeron herramientas de liberación y democratización, han sido instrumentalizadas para polarizar a las sociedades, difundir desinformación y manipular a las masas, reforzando las narrativas autoritarias. En este contexto, la libertad de prensa, los derechos humanos y las instituciones democráticas se ven debilitadas en muchos países, independientemente de su tradición democrática.

La pandemia de COVID-19 también ha exacerbado esta situación. Muchos gobiernos aprovecharon la emergencia sanitaria para justificar medidas excepcionales que, en la práctica, consolidaron su poder y redujeron los espacios de participación ciudadana. En muchos casos, estas restricciones no han sido levantadas, perpetuando un estado de excepción que mina las libertades individuales y fortalece las estructuras autoritarias.

Estamos ante una crisis democrática de alcance mundial, en la que las amenazas no solo provienen de los regímenes autoritarios tradicionales, sino de una combinación de factores globales: líderes populistas que subvierten las normas democráticas, un entorno mediático controlado por intereses poderosos y un desencanto generalizado con las promesas incumplidas de la democracia. Si no se toman medidas coordinadas y concertadas para defender y revitalizar las instituciones democráticas, corremos el riesgo de que la democracia, como sistema, pierda aún más terreno frente a un autoritarismo global que avanza de manera preocupante.

Y, para agravar aún más la situación, todos estos regímenes autoritarios alrededor del mundo, impulsados por los avances tecnológicos y las ventajas de la era de la información, ahora se coordinan, colaboran y comunican entre sí. Comparten estrategias, se asesoran mutuamente en la implementación de nuevos métodos de represión, se brindan asistencia económica y, en conjunto, han formado una especie de resistencia colectiva a nivel internacional. Este frente autoritario global tiene como objetivo contrarrestar las medidas tradicionales de Occidente destinadas a debilitar los regímenes autoritarios. De esta forma, han creado lo que denomino el Ecosistema Tiránico Internacional, una red de apoyo que refuerza su poder y les permite resistir las presiones

externas, desafiando los esfuerzos por preservar la democracia y los derechos humanos en el mundo.

Esta colaboración entre dictaduras, utilizando tanto tecnología avanzada como herramientas de propaganda global, no solo fortalece su control interno, sino que también incrementa su influencia en el escenario internacional, poniendo en riesgo a las democracias y las libertades fundamentales a nivel global.

Por esta razón, es imprescindible que, de la misma manera en que los movimientos y líderes autoritarios se coordinan y colaboran a nivel global para socavar los sistemas democráticos, quienes creemos en la democracia también comencemos a coordinar esfuerzos de manera conjunta. Es necesario crear un movimiento internacional que defienda y promueva los valores democráticos de manera eficaz. Hasta ahora, lamentablemente, las oposiciones a estos regímenes autoritarios y los movimientos prodemocráticos han continuado trabajando de forma paralela, centrando sus esfuerzos en sus propios países, lo cual es comprensible, pero ya no es suficiente ante el esfuerzo coordinado de las dictaduras para mantenerse en el poder.

Con esto en mente, concluyo este breve capítulo instando a los distintos actores democráticos del mundo a seguir estas tres recomendaciones clave:

1. Establecer una red de comunicación global: es fundamental crear una red de comunicación eficiente entre los líderes y representantes de los movimientos democráticos y las oposiciones en todo el mundo, con especial énfasis en aquellos países que están bajo dictaduras o en riesgo de caer bajo regímenes autoritarios. Esta red permitirá el intercambio de información y estrategias, así como una mayor cohesión en los esfuerzos prodemocráticos.

2. Recolección y gestión de recursos: una vez establecida la red de comunicación, se deben coordinar esfuerzos para la recolección de recursos materiales y la correcta distribución de los mismos. Cada instancia del movimiento democrático internacional debe recibir los recursos necesarios para llevar a cabo sus esfuerzos en los países donde se está librando la lucha por la democracia. La gestión eficaz de estos recursos permitirá fortalecer las acciones locales y globales.

3. Elaboración de manuales de acción: es esencial diseñar e implementar guías de acción adaptadas a las circunstancias específicas de cada país, ya sea que se encuentren bajo dictadura o en riesgo de caer en una. Estos manuales deben enfocarse en liberar a los presos políticos, prevenir el socavamiento de las instituciones democráticas en los países que están en proceso de ser capturados por regímenes autoritarios y debilitar los pilares que sostienen las dictaduras en los países donde ya están instaladas.

Este enfoque busca promover una estrategia más coordinada y efectiva a nivel global, aprovechando la experiencia y los recursos disponibles en distintas regiones del mundo. La unión de esfuerzos puede ser la clave para enfrentar la amenaza del autoritarismo internacional de manera más eficiente y sostenida.

III. La desventaja técnica de la superioridad moral

Las dictaduras, a lo largo de la historia, han demostrado tener ciertas ventajas en su lucha por mantenerse en el poder. Una de las razones fundamentales de esta ventaja es la diferencia en los principios y los límites que guían a los actores democráticos y autoritarios. Mientras que los líderes democráticos suelen estar comprometidos con principios éticos y normas que respetan los derechos

humanos, las libertades individuales y el Estado de derecho, los regímenes autoritarios, por su naturaleza, no enfrentan tales restricciones. Esta falta de autolimitación moral les otorga mayor flexibilidad para adoptar medidas drásticas y, en ocasiones, ilegales, con el fin de consolidar su poder y neutralizar cualquier amenaza.

Un claro ejemplo de esta ventaja se observa en el ámbito de la inteligencia y contrainteligencia. Los regímenes autoritarios, al no estar limitados por normas democráticas, pueden invertir vastos recursos y esfuerzos en el control interno y la represión de la disidencia. A menudo, cuentan con aparatos de inteligencia altamente sofisticados, cuya función principal es monitorear, infiltrar y desarticular cualquier intento de oposición o movimiento democrático. A través de la vigilancia masiva, la manipulación de la información y el uso de fuerzas de seguridad represivas, logran debilitar las iniciativas democráticas antes de que puedan generar un impacto significativo.

Por otro lado, los actores democráticos, aunque comprometidos con la defensa de la libertad y la justicia, suelen operar bajo marcos legales y éticos que limitan las acciones que pueden tomar en defensa de sus ideales. La transparencia, el respeto por el debido proceso y la protección de las libertades fundamentales son principios esenciales de los sistemas democráticos, pero en contextos de lucha contra regímenes autoritarios, pueden convertirse en limitaciones operativas. Esta autolimitación moral, aunque admirable desde el punto de vista de los valores democráticos, a menudo coloca a los demócratas en desventaja frente a los autoritarios que no vacilan en utilizar cualquier medio a su disposición para mantenerse en el poder.

Otro factor relevante es que, en muchos casos, los demócratas buscan soluciones pacíficas y dialogadas, mientras que los autoritarios optan rápidamente por la represión y el uso de la fuerza. La búsqueda de consenso, tan vital para la estabilidad de una democracia, puede convertirse en un obstáculo cuando se enfrentan a gobiernos que no están interesados en el diálogo, sino en la perpetuación de su control.

Además, los regímenes autoritarios suelen contar con mayor cohesión interna debido a que eliminan sistemáticamente cualquier forma de oposición, tanto dentro como fuera de sus propias estructuras de poder. Esta cohesión se traduce en una capacidad de respuesta más rápida y coordinada ante cualquier amenaza a su autoridad, mientras que, en las democracias, el pluralismo y la diversidad de opiniones, aunque valiosos, pueden ralentizar las respuestas a las crisis, dando más espacio para que las dictaduras fortalezcan sus posiciones.

Básicamente las dictaduras cuentan con ventajas significativas en la lucha por mantenerse en el poder debido a su disposición para actuar sin límites morales o legales. Mientras que los actores democráticos, fieles a sus principios, buscan preservar la justicia y los derechos humanos, los regímenes autoritarios priorizan la supervivencia a cualquier costo. Esta diferencia en enfoque y métodos de lucha plantea desafíos profundos para quienes defienden la democracia, ya que obliga a reconsiderar las estrategias y tácticas necesarias para contrarrestar el avance de estas dictaduras y, cuando sea posible, desmantelarlas.

A pesar de estas dificultades, es esencial que los movimientos democráticos no pierdan de vista sus principios fundamentales, pero al mismo tiempo, busquen nuevas maneras de actuar con mayor eficacia y determinación en la defensa de los valores democráticos. La clave reside en encontrar un equilibrio entre la preservación de los ideales éticos y la necesidad de adaptarse a las realidades de una lucha que, inevitablemente, enfrenta asimetrías en las formas de operar.

Para tratar de solventar esta evidente inferioridad técnica de los demócratas frente a los autoritarios mis recomendaciones básicas para los actores democráticos son las siguientes:

1. Fortalecimiento de los servicios de inteligencia y contrainteligencia democráticos:

Los regímenes autoritarios suelen dominar en el ámbito de la inteligencia y la contrainteligencia, lo que les permite identificar y desarticular movimientos opositores con eficacia, como lo ha hecho por ejemplo el régimen de Daniel Ortega en Nicaragua, no tan solo por medio de los organismos de inteligencia comunes de las instituciones de seguridad pública, sino también por medio de una amplia red de fanáticos organizados territorialmente que sirven como “espías” de las vidas, acciones y conversaciones cotidianas de los ciudadanos a nivel nacional, esto para identificar eficientemente posibles acciones de descontento popular y aplastarlas incluso antes de que empiecen. Para contrarrestar esta ventaja, es fundamental que los movimientos democráticos inviertan en el desarrollo de capacidades de inteligencia dentro de un marco legal y ético que respete los derechos humanos. Esto implica:

- Modernizar y profesionalizar los servicios de inteligencia, enfocándose en la prevención de infiltraciones autoritarias y la protección de los movimientos democráticos, lo que se puede materializar por ejemplo en la capacitación de contrainteligencia para los ciudadanos opositores organizados en las diferentes comunidades de Nicaragua, lo que implicaría enseñarles a evitar filtraciones de las actividades cotidianas de la oposición creciente a nivel nacional, a los fanáticos sandinistas de sus respectivas locaciones geográficas
- Coordinar mejor la inteligencia internacional entre democracias para detectar patrones globales de autoritarismo y actuar antes de que estas dictaduras fortalezcan sus bases.
- Asegurar que estas herramientas de inteligencia operen dentro de los marcos legales y éticos, evitando abusos de poder, pero a la vez dándoles la flexibilidad suficiente para actuar de forma eficaz y oportuna.

2. Adaptación de estrategias prodemocráticas a contextos locales:

Las estrategias democráticas a menudo fallan porque no están adaptadas a las particularidades de cada país o contexto. Los regímenes autoritarios, en cambio, son altamente pragmáticos y se adaptan rápidamente a las circunstancias. Un ejemplo tangible de esto en la sociedad nicaragüense, es la inmensa capacidad del régimen de Daniel Ortega para identificar lo que a la gente común le interesa en realidad y apelar por medio de *influencers* en las redes sociales y algunos programas públicos a esos intereses como la economía, las autopistas y la cultura conservadora de los nicaragüenses en general, lo cual contrasta profundamente con la reducida capacidad de la oposición nicaragüense para enfocar esfuerzos en los asuntos cotidianos que a los pobladores les puede interesar, que lamentablemente no son la democracia, los derechos reproductivos y algunos planteamientos progresistas que se han visto en la oposición de Nicaragua. En vez de esto, la oposición podría apelar al descontento popular utilizando temas como la invasión de inversionistas chinos que están quebrando negocios y quitando trabajos en el país, la constante persecución religiosa por parte del régimen a la Iglesia Católica y, recientemente, hasta en contra de los evangélicos. Los actores democráticos deben ser igual de dinámicos y flexibles que los regímenes como los de Daniel Ortega, lo que implica:

- Diseñar planes de acción específicos para cada país o situación, basados en un análisis profundo del contexto sociopolítico, económico y cultural. Esto incluiría tácticas de resistencia no violenta, apoyo clandestino a movimientos opositores, y un enfoque adaptativo sin demeritar o exceptuar los esfuerzos de lucha armada o beligerantes que puedan existir si son necesarios.
- Capacitar a los movimientos prodemocráticos en tácticas de resiliencia, manejo de crisis y protección frente a la represión autoritaria. Esto incluye tanto la protección de los líderes opositores como la creación de redes clandestinas de apoyo ciudadano.
- Desarrollar una narrativa flexible y efectiva que llegue a diferentes segmentos de la población, desde los más marginados hasta las élites, ofreciendo alternativas creíbles al autoritarismo y exponiendo los peligros de los regímenes autoritarios de manera clara y comprensible.

En conjunto, estas recomendaciones buscan equilibrar las fortalezas de los movimientos democráticos con las amenazas que presentan los regímenes autoritarios, permitiendo que los valores democráticos se defiendan de manera más proactiva y eficiente.

IV. El detalle de las redes sociales

En los últimos años, hemos sido testigos de cómo los regímenes autoritarios y potenciales tiranos han explotado el poder de las redes sociales para manipular a la opinión pública, consolidar su poder y socavar a sus oponentes. Lo que comenzó como una herramienta de democratización y empoderamiento ciudadano, ha sido transformado en un mecanismo clave para el autoritarismo moderno. Estos líderes, astutos y adaptativos, han sabido utilizar las plataformas digitales para difundir propaganda, desinformación y polarizar a las sociedades, apelando a emociones como el miedo, la rabia y la frustración, movilizando así el apoyo popular.

Una de las grandes ventajas que los regímenes autoritarios han encontrado en las redes sociales es la capacidad de llegar directamente a las masas sin necesidad de pasar por los filtros de verificación de los medios tradicionales. Aprovechando la inmediatez y el alcance global de estas plataformas, los autócratas pueden moldear narrativas a su favor, utilizando mensajes simples y contundentes que capturan la atención del público. Mediante el uso de *bots*, cuentas falsas y estrategias de manipulación digital, logran amplificar su mensaje y silenciar o, al menos, minimizar las voces disidentes. Al hacerlo, crean una falsa percepción de consenso popular y debilitan a la oposición democrática, que lucha por hacerse escuchar en un entorno donde las reglas han cambiado drásticamente.

En Nicaragua, por ejemplo, el régimen sandinista ha sabido explotar a la perfección el uso de las redes sociales por medio de plataformas, *influencers* y campañas de desinformación con mensajes sencillos inspirados en el día a día de los nicaragüenses y sus temas de interés común, para aplacar el descontento popular masivo que se desbordó contra ellos desde las protestas de abril 2018, mientras la oposición nicaragüense sigue insistiendo en publicar artículos de opinión en medios tradicionales, con un lenguaje político complejo y campañas infográficas con mensajes o estadísticas que honestamente no son de interés de las mayorías. En este nuevo escenario, los actores democráticos se han quedado en desventaja.

Durante mucho tiempo, los movimientos democráticos y sus líderes han dependido en exceso de los medios de comunicación tradicionales, confiando en que la prensa libre actuaría como un contrapeso natural frente a los abusos del poder. Si bien los medios de comunicación

tradicionales juegan un rol fundamental en cualquier sociedad democrática, su alcance y capacidad de influir en la opinión pública han quedado relegados frente al poder disruptivo de las redes sociales. Estos medios, regulados y con altos estándares de verificación, se mueven más lentamente en comparación con la agilidad y viralidad de los contenidos que circulan en las plataformas digitales, lo que hace que la batalla comunicacional esté cada vez más inclinada a favor de los autoritarios.

Los autócratas han aprovechado también la fragmentación informativa que las redes sociales han propiciado. En lugar de recibir información de medios consolidados, los ciudadanos ahora acceden a una mezcla de noticias, opiniones y contenidos generados por algoritmos que priorizan lo que es más atractivo o polémico, en lugar de lo que es veraz. Esto ha permitido a los regímenes autoritarios crear cámaras de eco donde sus seguidores son constantemente expuestos a mensajes que refuerzan sus creencias, sin ser desafiados por otras perspectivas. Al mismo tiempo, las redes sociales han facilitado la difusión de teorías conspirativas y desinformación, que no solo deslegitiman a los actores democráticos, sino que también generan desconfianza en las instituciones y en los propios procesos electorales.

Mientras tanto, muchos movimientos democráticos han tardado en adaptarse a este nuevo panorama. La dependencia de los medios tradicionales ha dejado a los actores democráticos desconectados de las nuevas dinámicas de comunicación, y en muchos casos, los ha hecho parecer elitistas o alejados de la realidad de los ciudadanos comunes. Los autoritarios, en cambio, se presentan como líderes "del pueblo", utilizando las redes sociales para crear una imagen de cercanía y autenticidad que les permite movilizar a amplios sectores de la población, especialmente a aquellos que se sienten olvidados o marginados por el sistema democrático.

La clave para revertir esta desventaja radica en que los movimientos democráticos reconozcan la importancia de las redes sociales no solo como un medio de comunicación, sino como un campo de batalla clave en la lucha por la opinión pública. Es esencial que los defensores de la democracia adopten estrategias más ágiles, directas y efectivas, aprovechando las redes sociales para llegar a la ciudadanía con mensajes claros convincentes. En lugar de depender exclusivamente de los medios tradicionales, deben buscar formas de conectar con las nuevas generaciones y sectores más amplios de la población, usando el mismo lenguaje y las mismas plataformas que han permitido a los autoritarios ganar terreno.

Mientras los regímenes autoritarios han capitalizado el surgimiento de las redes sociales para fortalecer su control, los movimientos democráticos deben abandonar la inercia comunicacional y adaptarse a esta nueva realidad. Solo así podrán recuperar terreno y enfrentar con éxito los desafíos que plantea el autoritarismo en esta era digital y en aras de esto último mis tres recomendaciones para los elementos democráticos en todo el planeta son las siguientes:

1. Desarrollo de una estrategia digital coordinada y ágil:

Los movimientos democráticos deben crear una estrategia digital unificada que sea ágil, coordinada y capaz de responder rápidamente a las narrativas autoritarias en tiempo real. Esta estrategia debe incluir:

- Equipos especializados en redes sociales que trabajen de forma coordinada para monitorear las tendencias, identificar desinformación y responder de manera efectiva con hechos verificables y mensajes claros.

- Contenido atractivo y dinámico que se adapte a las características de las redes sociales: vídeos breves, gráficos interactivos y mensajes contundentes que resuenen con las emociones de la audiencia, pero basados en información veraz.
- Uso de influencers, activistas digitales y voces creíbles que puedan ayudar a amplificar los mensajes pro-democráticos, alcanzando a audiencias que de otra manera podrían quedar atrapadas en burbujas de desinformación.

2. Capacitación y empoderamiento de ciudadanos y activistas

Es crucial que los movimientos democráticos no solo dependan de líderes visibles, sino que también involucren a los ciudadanos y activistas en la lucha por la democracia digital. Para ello, se debe:

- Capacitar a activistas y defensores de la democracia en el uso eficaz de las redes sociales, proporcionándoles herramientas para identificar y combatir la desinformación y equipándolos con habilidades para producir y compartir contenido atractivo y convincente.
- Fomentar la creación de comunidades digitales de apoyo mutuo, donde los ciudadanos compartan información verificada, se organicen y se movilicen frente a amenazas autoritarias. Estos espacios pueden actuar como centros de resistencia en la red, similares a los que los regímenes autoritarios usan para coordinar su propaganda.
- Proveer a los ciudadanos con herramientas de verificación de información y concienciar sobre el impacto de la desinformación en la toma de decisiones democráticas. La alfabetización digital y mediática es esencial para desarmar las tácticas autoritarias que se basan en la manipulación de información.

3. Humanización del discurso democrático

Los regímenes autoritarios suelen proyectarse como cercanos al “pueblo”, utilizando las redes sociales para parecer accesibles y auténticos. Los movimientos democráticos deben romper con la percepción de distancia o elitismo y humanizar su discurso. Esto implica:

- Escuchar y responder a las preocupaciones reales de los ciudadanos, creando un diálogo auténtico en lugar de imponer narrativas abstractas o tecnocráticas. Es fundamental mostrar empatía y cercanía con los problemas que afectan a la población.
- Crear historias personales y emotivas que reflejen los valores democráticos en la vida cotidiana, utilizando testimonios de personas reales afectadas por el autoritarismo. El poder de las narrativas emocionales es fundamental en las redes sociales, ya que conectan con las audiencias a un nivel más profundo y personal.
- Promover un discurso inclusivo, que evite la polarización y refuerce la idea de que la democracia es un proyecto de todos, abarcando las diversas identidades y voces que componen una sociedad plural.

Al implementar estas recomendaciones, los movimientos democráticos pueden aprovechar el potencial de las redes sociales de manera más efectiva y nivelar el campo de juego frente a los regímenes autoritarios, defendiendo así sus valores e ideales en la era digital.

V. El *Wokeismo* y el supremacismo intelectual

En los últimos años, hemos visto cómo el extremismo progresista, a menudo llamado "*wokeismo*", ha generado una creciente polarización en nuestras sociedades. Lo que comenzó como una lucha legítima por la justicia social, la igualdad y los derechos humanos, ha tomado, en algunos sectores, un giro extremo que ha provocado divisiones profundas. Este fenómeno ha sido explotado por los autoritarios, quienes han sabido captar a una parte importante de la población que se siente ignorada, ridiculizada o abandonada por lo que perciben como una élite intelectual que impone sus ideas sin escuchar a los demás.

El *wokeismo* se ha convertido en un movimiento que, en su vertiente más radical, proyecta una imagen de superioridad moral e intelectual. A menudo, quienes no comparten completamente sus postulados son etiquetados de manera inmediata como ignorantes, intolerantes o, en los casos más extremos, enemigos del progreso. Esta postura rígida y condescendiente ha tenido consecuencias no solo en el discurso público, sino también en la vida cotidiana, donde sectores enteros de la población se han visto desconectados de los debates sobre justicia social. Las personas que no se alinean con estas posiciones, o que simplemente tienen dudas, son a menudo objeto de descalificación, lo que refuerza en ellas la sensación de ser marginadas.

Este ambiente de polarización, donde un lado se arroga el monopolio de la verdad y la virtud, deja un vacío en el que los autoritarios han sabido maniobrar con gran habilidad. Al presentarse como los defensores de los "olvidados", de aquellos que no forman parte de la élite intelectual o que se sienten ridiculizados por no adherirse al discurso progresista dominante, los líderes autoritarios construyen una base de apoyo sólida entre quienes se sienten excluidos de la conversación política. Utilizan un lenguaje simple y directo, apelando a las emociones de rabia, frustración e incompreensión, ofreciendo una narrativa de resistencia contra lo que llaman el "elitismo moral".

En este contexto, el extremismo progresista no solo se convierte en una herramienta divisoria, sino que también facilita el ascenso de figuras populistas y autoritarias que prometen devolverle al "pueblo" la voz que, según ellos, les ha sido arrebatada por los círculos intelectuales. El discurso autoritario alimenta la percepción de que las preocupaciones legítimas de las clases medias y trabajadoras, como la economía, la seguridad o la identidad cultural, son vistas con desdén o irrelevancia por quienes lideran el pensamiento progresista.

Además, los autoritarios utilizan las redes sociales para amplificar esta narrativa, mostrando ejemplos exagerados o selectivos de lo que perciben como "excesos del *wokeismo*" para convencer a las masas de que están siendo oprimidas por un sistema que no las representa ni las respeta. A través de estos medios, los regímenes autoritarios construyen una coalición de descontentos que se sienten profundamente alienados por un discurso que consideran elitista, rígido y ajeno a su realidad.

Esta dinámica de polarización ha erosionado el espacio para el diálogo y la construcción de consensos. En lugar de fomentar la diversidad de opiniones y el debate inclusivo, el extremismo en ambas partes del espectro político ha dado lugar a trincheras ideológicas que refuerzan la división social. Los autoritarios se nutren de esta división, presentándose como los únicos capaces de restaurar el orden y la "normalidad" ante lo que describen como el caos y la imposición ideológica del progresismo.

El resultado es un público que se siente incomprendido y al margen, un terreno fértil para los discursos autoritarios que rechazan la complejidad de los problemas sociales y ofrecen soluciones simplistas, pero emocionalmente atractivas. Estos líderes prometen devolverles a sus seguidores el respeto y la dignidad que sienten haber perdido en una sociedad que perciben como hostil hacia sus valores y creencias.

En resumen, el extremismo progresista, al alejarse del diálogo y adoptar una postura de superioridad moral e intelectual, ha contribuido inadvertidamente a crear un entorno de polarización que los regímenes autoritarios han sabido capitalizar. Al atraer a las masas que se sienten marginadas y ridiculizadas, los autoritarios consolidan su poder, aprovechando el vacío que el discurso excluyente del *wokeismo* ha dejado en gran parte de la población.

Tan solo imagínense a los padres de una de las cientos de víctimas mortales del régimen sandinista en abril 2018, sedientos por justicia para su hijo y cuando buscan una esperanza en los líderes de la oposición nicaragüense no miran acciones o comunicados que se relacionen con su realidad y la solvencia de la misma, sino más bien posturas que son extrañas para ellos mismos o que no entienden en realidad, como las posturas y propuestas progresistas de muchos miembros de la oposición nicaragüense, que invierten más esfuerzos en sacar adelante agendas ideológicas particulares, que demandar o activar mecanismos internacionales que persigan a los miembros del régimen sandinista por sus crímenes.

VI. Los aliados naturales

Uno de los mayores desafíos que enfrentan los movimientos democráticos en el mundo es la falta de claridad al identificar a sus aliados naturales, lo que ha permitido la infiltración de estos movimientos por parte de regímenes autoritarios y grupos que, en última instancia, buscan destruirlos desde adentro. La incapacidad de discernir correctamente quiénes son verdaderamente los aliados de la democracia y quiénes, aunque parezcan compartir algunas causas, trabajan en contra de sus principios fundamentales, es una vulnerabilidad que los autoritarios han explotado con éxito.

Un ejemplo claro de esta incoherencia se observa en sectores progresistas y activistas de izquierda en Occidente, quienes, en su lucha legítima contra las desigualdades y las injusticias, a veces terminan apoyando indirectamente a regímenes o grupos que representan lo contrario a los valores democráticos. Un caso emblemático es el apoyo, o al menos la simpatía, que algunos de estos movimientos muestran hacia organizaciones terroristas como Hamás o Hezbollah, que si bien presentan discursos de resistencia, en realidad representan ideologías y prácticas que son profundamente contrarias a los derechos humanos, la democracia y la libertad. Estas organizaciones utilizan la violencia, la represión y la violación sistemática de derechos civiles como herramientas para sus fines, pero encuentran defensores en Occidente debido a una confusión sobre el verdadero significado de su lucha.

Otro ejemplo preocupante es cómo ciertos sectores de la derecha política replican discursos antioccidentales provenientes de autócratas como Vladimir Putin, percibiéndolos como opositores a la “decadencia occidental” o el globalismo. Sin embargo, lo que muchos no reconocen es que estos líderes autoritarios son los mayores represores de las libertades individuales en sus propios países. Putin ha consolidado un gobierno que persigue brutalmente a la oposición, limita la libertad de prensa y recurre a la manipulación de las instituciones democráticas para mantenerse en el poder.

El problema de no saber identificar correctamente a los aliados naturales de la democracia radica en que, al abrazar de manera superficial o inconsciente estas causas, los movimientos progresistas o conservadores occidentales terminan debilitando su propia lucha. En lugar de fortalecer el frente contra el autoritarismo, abren brechas que permiten la infiltración de discursos y tácticas que buscan socavar los valores fundamentales de libertad y justicia. Cuando movimientos democráticos defienden, por ejemplo, a regímenes que atacan los derechos humanos o a organizaciones terroristas que utilizan la violencia para alcanzar sus fines, socavan su credibilidad y terminan contribuyendo a la confusión global sobre lo que realmente representa la democracia.

Esta incoherencia también facilita la labor de los regímenes autoritarios, que logran presentarse como víctimas de un supuesto "imperialismo occidental" y ganan aliados en movimientos progresistas que, paradójicamente, deberían oponerse a ellos. La narrativa de que los regímenes autoritarios representan una alternativa al poder de Occidente es extremadamente peligrosa, ya que desvía la atención de las graves violaciones a los derechos humanos que cometen y debilita los esfuerzos para crear una coalición verdaderamente global en defensa de la democracia.

Los autoritarios han aprovechado esta desconexión ideológica para infiltrar y debilitar movimientos democráticos desde adentro. La proliferación de mensajes antioccidentales y la falta de una postura clara en temas de derechos humanos universales ha permitido que los enemigos de la democracia se presenten como defensores de causas progresistas o conservadoras, cuando en realidad buscan dismantelar las libertades que los movimientos democráticos intentan proteger.

Para los defensores de la democracia, es crucial establecer un marco claro sobre quiénes son sus verdaderos aliados. La lucha por la libertad y los derechos humanos no puede estar alineada con regímenes que promueven la represión o grupos que buscan imponer sus ideologías a través de la violencia. Solo una visión coherente y firme sobre los principios democráticos puede evitar la infiltración de los autócratas y fortalecer la capacidad de los movimientos prodemocráticos para enfrentar los desafíos globales que se presentan en la actualidad.

No identificar correctamente a los aliados naturales de los movimientos democráticos debilita su causa y permite que los autócratas, ya sea a nivel estatal o a través de organizaciones extremistas, socaven desde adentro los esfuerzos por defender la libertad. Para que la democracia prevalezca, es esencial mantener la coherencia, identificar con claridad a los verdaderos aliados y no permitir que la confusión ideológica dé lugar a alianzas peligrosas que comprometan los valores fundamentales por los que se lucha.

Tan solo imagínense a un grupo de mujeres feministas en Occidente luchando por derechos legítimos para las mujeres, mientras al mismo tiempo apoyan o repiten discursos provenientes de regímenes y organizaciones fundamentalistas que oprimen a las mujeres de maneras inimaginables en sus respectivos países, ¿es incoherente, verdad? Y todo, ¿por qué? ¿Porque es parte de la agenda? Ciertamente la agenda nunca debería ser más importante que la coherencia democrática.

Un ejemplo curioso de lo que puntualizó en este texto es la incoherencia política de algunos miembros de la oposición nicaragüense principalmente entre los disidentes sandinistas, que internacionalmente se alinean con las mismas causas que respalda Daniel Ortega a nivel internacional, como la causa palestina y la condena al Estado de Israel, algunos incluso excusando a la organización terrorista Hamás y asegurando que solo se trata de un ejército revolucionario y defensor contra la ocupación israelí en Gaza, lo cual nos podría dar una mala impresión ante los

aliados naturales de nuestra causa, especialmente entre nuestros principales socios: los estadounidenses.

Es imprescindible que los activistas de la causa nicaragüense por la democracia alrededor del mundo reconozcan la realidad de que no pueden salvar al mundo y que necesitamos priorizar la cuestión nicaragüense, por lo cual recomendaría una alineación con los aliados naturales que son nada más y nada menos que aquellos que se han mostrado más solidarios con los opositores nicaragüenses, que son precisamente los amigos de Israel, por ejemplo.

VII. La prevención siempre es el mejor camino

La lucha contra el autoritarismo siempre es más eficaz y menos costosa cuando se aborda desde la prevención. Así como los médicos insisten en la importancia de los chequeos regulares, una vida saludable y la detección temprana para prevenir la aparición o el avance de enfermedades, las sociedades deben estar alerta y tomar medidas preventivas frente a las señales de peligro que indican el surgimiento de regímenes autocráticos. La historia nos ha demostrado que permitir que el autoritarismo eche raíces y se fortalezca no solo es devastador en términos humanos, sino que implica un altísimo costo material y social que se podría haber evitado.

Prevenir la autocracia en sus primeras etapas es, sin duda, el camino menos costoso. Una vez que los regímenes autoritarios logran consolidarse, revertir el daño implica inmensos sacrificios, tanto para quienes luchan por recuperar las libertades perdidas, como para el país en su conjunto. En términos humanos, la represión, la censura, el encarcelamiento de opositores y las violaciones a los derechos humanos se vuelven una constante en los regímenes autoritarios. Detener estos abusos cuando ya se han institucionalizado es extremadamente difícil, a menudo requiriendo enfrentamientos dolorosos, revoluciones o incluso conflictos armados para restaurar la democracia. Las vidas perdidas en estos procesos son irrecuperables, y los traumas sociales y psicológicos pueden perdurar por generaciones.

Así como es más sencillo eliminar una célula cancerosa antes de que se convierta en un tumor, es más fácil contener y dismantelar las propuestas autocráticas en su fase inicial, cuando aún no han logrado corroer las instituciones democráticas. Las señales suelen estar allí, como un malestar en el cuerpo que indica que algo no anda bien: el discurso populista que promete soluciones rápidas y simples a problemas complejos, la concentración de poder en una sola figura, los ataques a la prensa libre o las reformas que debilitan el sistema judicial. Estos síntomas deben ser tratados de inmediato, antes de que se propaguen y se conviertan en un cáncer político que afecte a todo el sistema.

Permitir que estas propuestas autocráticas avancen, con la esperanza de que se solucionen por sí solas o que el problema no escalará, es una apuesta peligrosa. Una vez que el autoritarismo se ha instalado, las opciones se vuelven limitadas y mucho más costosas. La represión se intensifica, las libertades desaparecen y las sociedades, a menudo, se polarizan profundamente. Los movimientos democráticos que podrían haber detenido a tiempo el ascenso de estos regímenes se encuentran en una posición de desventaja, luchando desde la clandestinidad o el exilio, enfrentándose a un aparato estatal que ha monopolizado todos los recursos y herramientas del poder.

En términos materiales, las consecuencias de no prevenir el autoritarismo son igualmente desastrosas. Los regímenes autocráticos tienden a concentrar los recursos en manos de una élite pequeña y privilegiada, mientras que las economías nacionales sufren de corrupción, ineficiencia y

aislamiento. Los países bajo gobiernos autoritarios a menudo ven cómo sus instituciones se desmoronan, los sistemas de salud y educación se deterioran, y las inversiones extranjeras desaparecen. La reconstrucción posterior, en caso de lograr dismantelar estos regímenes, es un proceso largo y arduo que puede tomar décadas. Las infraestructuras destruidas, las economías colapsadas y las generaciones perdidas en términos educativos y laborales son costos que podrían haberse evitado con medidas preventivas.

Prevenir el avance del autoritarismo requiere voluntad política, vigilancia ciudadana y un compromiso decidido por parte de los actores democráticos para actuar antes de que sea demasiado tarde. A menudo, esto significa tomar decisiones difíciles o impopulares, pero que a largo plazo resultan mucho menos costosas que permitir que el autoritarismo crezca. Invertir en la educación política de la población, en la protección de la prensa libre, en el fortalecimiento de las instituciones judiciales y en la transparencia gubernamental son algunas de las "vacunas" democráticas que pueden evitar la propagación del autoritarismo.

Al igual que con las enfermedades, no se trata solo de curar cuando ya se ha diagnosticado, sino de adoptar hábitos que impidan su aparición. Del mismo modo, el fortalecimiento constante de la democracia, la participación ciudadana activa y la defensa de las libertades fundamentales son las mejores formas de mantener a raya al autoritarismo. Un enfoque preventivo no solo salva vidas, sino que también preserva las estructuras sociales, económicas y políticas que permiten a una nación prosperar.

La prevención siempre es mejor. Ya sea en el ámbito de la salud o en el campo político, detectar y actuar a tiempo frente a las señales tempranas de autoritarismo es el camino más seguro para evitar grandes sufrimientos humanos y pérdidas materiales. Una sociedad vigilante y comprometida con sus valores democráticos puede evitar que el cáncer del autoritarismo se propague, protegiendo así su libertad y bienestar a largo plazo.

La paradoja de la democracia radica en que, en su defensa de los valores fundamentales como la libertad de expresión y el derecho a la organización política, muchas veces permite el ascenso de movimientos y líderes que, una vez en el poder, dismantelan esos mismos valores para consolidar dictaduras. Irónicamente, los sistemas democráticos pueden albergar dentro de sí a quienes planean su destrucción, utilizando las libertades democráticas como un medio para subvertir las instituciones y concentrar el poder. Mientras que la pluralidad y la competencia política son esenciales para el buen funcionamiento de una democracia, los movimientos que muestran ciertos rasgos autoritarios no deberían gozar del mismo nivel de libertad, ya que su objetivo final es acabar con el propio sistema que los permite existir.

Los movimientos autoritarios o potencialmente autoritarios siguen patrones claros: la concentración del poder en una sola figura, el uso de la violencia o intimidación, el ataque a los medios de comunicación, el rechazo a la rendición de cuentas y la manipulación del sistema judicial. Por lo tanto, estos grupos no pueden beneficiarse indefinidamente de los mismos derechos que el resto de los actores políticos. Permitirles ascender sin freno es, en última instancia, un acto de autodestrucción para la democracia. Para prevenir este ascenso, es necesaria una estrategia política, legislativa y comunicacional sólida, con acciones preventivas que protejan las democracias sin comprometer los valores esenciales que se pretenden defender. Para solventar la paradoja democrática sugiero la siguiente estrategia de 10 pasos, a las que llamo: **los 10 pasos de la ironía**. Estos son:

1. Definir criterios claros de autoritarismo:

El primer paso es establecer por medio de una comisión mixta entre Estado y ciudadanos independientes una definición clara de lo que constituye un movimiento autoritario. Se debe desarrollar una lista de criterios que permita identificar a estos grupos de manera objetiva. La entidad a cargo de esta creación de criterios y monitoreos deben estar compuestas por delegaciones mixtas del Estado y ciudadanos independientes. Estos criterios podrían incluir:

- Retórica que promueva la violencia o el odio.
- Ataques directos a las instituciones democráticas, la prensa libre o el sistema judicial.
- Promesas de concentrar el poder en una figura única o reducir los contrapesos institucionales.
- Uso sistemático de la intimidación, represión o amenazas a los opositores.

Este marco permitirá a los actores democráticos, legisladores y ciudadanos identificar señales de alerta antes de que estos movimientos consoliden su base de apoyo.

2. Monitoreo constante de movimientos políticos emergentes:

Es necesario crear una unidad mixta de ciudadanos independientes y funcionarios estatales de monitoreo dedicada al seguimiento de nuevos movimientos políticos y sus líderes, con el objetivo de identificar de manera temprana cualquier signo de autoritarismo. Esta unidad debe incluir analistas políticos, expertos en inteligencia y defensores de los derechos humanos, quienes pueden observar de cerca el lenguaje, las acciones y las tácticas de estos movimientos.

3. Crear legislación específica para limitar el ascenso de movimientos autoritarios

Diseñar un marco legislativo que limite el acceso al poder de los movimientos que muestren claras tendencias autoritarias. Esto no significa restringir la libertad de expresión de manera general, sino desarrollar leyes que impidan el registro o participación electoral de partidos políticos que promuevan la subversión del sistema democrático, la violencia o la discriminación. Esta legislación debe incluir criterios objetivos y claras rutas de apelación para evitar su mal uso. Cabe destacar que esta legislación no debería vetar a organizaciones en base a sus posiciones ideológicas, sino más bien en base a acciones, discursos o propuestas que ataquen deliberadamente a los principios y leyes que protegen al sistema democrático de un país.

4. Fortalecer la educación cívica y política:

Uno de los mecanismos más poderosos para evitar el ascenso del autoritarismo es a través de la educación cívica y política. Se deben implementar programas educativos, tanto en las escuelas como en campañas públicas, que resalten la importancia de los valores democráticos, la historia de los regímenes autoritarios y las consecuencias de su consolidación. Una ciudadanía informada es menos susceptible a los discursos populistas o de odio. Esta retroalimentación democrática debería ser también ejecutada desde el apoyo a variados profesionales en diferentes materias científicas y sociales, que independientemente han abierto sus canales en diferentes redes sociales para educar a sus seguidores.

5. Promover un discurso unificado en defensa de la democracia:

Crear una estrategia comunicacional coordinada en redes sociales y medios tradicionales, donde actores democráticos promuevan un discurso unificado en defensa de la democracia. Debe haber campañas constantes que alerten a la ciudadanía sobre los peligros del autoritarismo, utilicen narrativas sencillas y emocionales que conecten con la población, y desmitifiquen las falsas promesas de los líderes autoritarios.

6. Vigilar el financiamiento de los movimientos y partidos políticos:

Implementar una vigilancia estricta sobre el financiamiento de partidos y movimientos con tendencias autoritarias. Esto implica monitorear de cerca las fuentes de financiamiento y crear mecanismos legislativos para sancionar a aquellos que reciban apoyo económico de regímenes extranjeros o grupos que promuevan la desestabilización democrática. La transparencia financiera es clave para desenmascarar el apoyo oculto a estos movimientos. Sin embargo es necesario crear cláusulas en las leyes que instruyen a este esfuerzo, para que dichas sanciones no sean utilizadas por meros motivos ideológicos, sino solo en aquellos casos de movimientos que evidentemente propongan reformas o cambios que subviertan a los principios o leyes que protegen a la democracia.

7. Utilizar las redes sociales para desenmascarar discursos autoritarios:

Las redes sociales son una herramienta clave para identificar y contrarrestar las narrativas autoritarias. Los demócratas deben emplear algoritmos y tecnologías de inteligencia artificial para identificar discursos de odio o mensajes que promuevan la violencia o el autoritarismo, y actuar rápidamente para desmentir y difundir contenido alternativo. Además, es fundamental generar campañas virales que subrayen los peligros de los movimientos autoritarios, utilizando testimonios de países que ya han caído bajo este tipo de regímenes.

8. Formar alianzas internacionales en defensa de la democracia:

Los regímenes autoritarios suelen colaborar entre sí, compartiendo tácticas y apoyándose mutuamente. Para contrarrestar esto, es esencial que los actores democráticos formen alianzas internacionales sólidas, donde se compartan estrategias para detener el ascenso del autoritarismo. Organizaciones internacionales y democracias consolidadas deben coordinar esfuerzos para sancionar y aislar a los movimientos autoritarios antes de que puedan consolidarse.

9. Reforzar las instituciones democráticas desde dentro:

Los movimientos autoritarios logran crecer porque encuentran instituciones democráticas débiles o disfuncionales. Por ello, es crucial que los actores democráticos trabajen en reforzar la confianza pública en las instituciones, mejorando la eficiencia, la transparencia y la capacidad de respuesta de los gobiernos. Un sistema democrático que funcione bien es mucho menos vulnerable a los ataques de líderes populistas o autoritarios.

10. Actuar rápidamente y no subestimar el peligro:

Por último, la clave está en la acción rápida. Los movimientos democráticos, los legisladores y los ciudadanos deben estar dispuestos a actuar con rapidez para detener el avance de los líderes autoritarios en sus primeras fases. Subestimar la amenaza de estos movimientos es un error

recurrente que les permite ganar tiempo y apoyo popular. La vigilancia activa y la acción inmediata son esenciales para evitar que el autoritarismo gane terreno.

Esta estrategia en 10 pasos ofrece un enfoque preventivo que combina medidas políticas, legislativas y comunicacionales, asegurando que los gobiernos y movimientos democráticos puedan identificar y detener el ascenso del autoritarismo antes de que logre consolidarse en el poder. Irónicamente los sistemas democráticos deberán emplear algunas estrategias de control contra los movimientos autoritarios para evitar su propia destrucción, que sea entonces la dictadura de la democracia.

VIII. La cuestión ideológica

En el contexto actual, la polarización ideológica entre la izquierda y la derecha, que durante décadas fue el eje central de la política mundial, ha perdido gran parte de su relevancia. Los problemas que enfrentan las sociedades modernas ya no pueden encasillarse fácilmente en las antiguas divisiones entre las políticas económicas de izquierda o derecha, entre el intervencionismo estatal o el libre mercado. Hoy, la verdadera pugna que define el panorama político mundial es la lucha entre movimientos y gobiernos democráticos y regímenes autoritarios, una nueva guerra fría que está moldeando el futuro del orden global.

La razón de este cambio es clara: en un mundo cada vez más interconectado, lo que realmente está en juego no es si una sociedad debe tener más o menos intervención estatal, sino si las libertades fundamentales —como la libertad de expresión, el derecho al voto y la independencia judicial— podrán sobrevivir. La amenaza del autoritarismo ya no es exclusiva de un espectro ideológico; tanto los regímenes de derecha como los de izquierda han demostrado que pueden consolidar el poder a través de medios no democráticos, erosionando derechos civiles y debilitando las instituciones que sostienen las democracias.

Un ejemplo claro de cómo la ideología ha pasado a un segundo plano frente a la dicotomía entre democracia y autoritarismo es la relación entre Viktor Orbán, el líder del régimen autoritario de derecha en Hungría, y Xi Jinping el presidente de la República Popular China, un país que ha implementado una agenda antioccidental y autoritaria. Orbán, a pesar de sus credenciales de derecha, ha sido un aliado cercano y pragmático de Xi, respaldando políticas internacionales que debilitan a la Unión Europea y socavan los valores democráticos occidentales. Esta alianza refleja cómo los regímenes autoritarios, independientemente de su espectro ideológico, encuentran intereses comunes en debilitar las estructuras democráticas internacionales y consolidar sus propias posiciones de poder.

La colaboración entre gobiernos de derecha autoritarios y regímenes tradicionalmente alineados con la izquierda, como el caso de China, pone de manifiesto esta nueva realidad geopolítica. A pesar de las diferencias ideológicas, ambos comparten una agenda que desafía el orden democrático internacional. China, con su política de control total sobre la sociedad, su economía estatal centralizada y su modelo de vigilancia masiva, ha encontrado aliados en gobiernos que, aunque en teoría se sitúan en el espectro opuesto, comparten el objetivo de subvertir las normas y valores democráticos en sus respectivas regiones. Así, gobiernos como el de Orbán y otros líderes autoritarios en Europa y América Latina, han comenzado a replicar las tácticas de control social y represión que se han vuelto características del régimen chino.

Este fenómeno demuestra que, más allá de las etiquetas ideológicas, lo que realmente define el panorama político contemporáneo es la batalla entre los que defienden las libertades

fundamentales y los que buscan eliminarlas. Los regímenes autoritarios, ya sean de derecha o izquierda, han encontrado terreno común en su rechazo a los valores democráticos, usando la polarización ideológica para disfrazar su verdadero objetivo: la concentración del poder y la perpetuación de sus regímenes a costa de las libertades individuales.

La nueva guerra fría, entonces, no es entre izquierda y derecha, sino entre demócratas y autoritarios. Esta confrontación está redefiniendo las alianzas internacionales, donde los gobiernos democráticos deben enfrentarse a una coalición de regímenes que comparten una misma visión: el debilitamiento de los derechos humanos, el control total de la sociedad y la perpetuación de su poder a toda costa. Países que históricamente se han alineado bajo diferentes banderas ideológicas, ahora se encuentran en el mismo campo, formando alianzas basadas no en la economía o la ideología, sino en su interés común en socavar las estructuras democráticas globales.

Es aquí donde la democracia se enfrenta a su mayor desafío: la capacidad de estos regímenes autoritarios para exportar su modelo de gobierno. Ya no se trata solo de la influencia económica o militar, sino de la difusión de políticas y prácticas que debilitan la democracia desde dentro. El uso de la desinformación, la manipulación electoral, la represión de la prensa y la erosión de las instituciones judiciales son tácticas que los regímenes autoritarios están exportando y que están siendo adoptadas por otros líderes con ambiciones similares. De este modo, la lucha no se limita a las fronteras de un solo país, sino que se ha convertido en un conflicto global donde los autoritarios se apoyan mutuamente, independientemente de su ideología, para mantener su poder.

Frente a esta nueva realidad, los demócratas del mundo deben unirse, reconociendo que su lucha no es contra una ideología específica, sino contra un sistema de gobierno que rechaza los principios fundamentales de la libertad y la justicia. Los gobiernos democráticos deben crear una coalición internacional, como sugiero en el capítulo 2 de este ensayo, que no solo se defienda de la influencia autoritaria, sino que promueva de manera activa la expansión de los valores democráticos en el mundo. Para ello, es crucial reforzar las instituciones internacionales que sostienen la democracia y crear alianzas basadas en la defensa de los derechos humanos, la libertad de expresión y el estado de derecho, en lugar de en las antiguas divisiones ideológicas.

El eje de la política global ya no es la confrontación entre izquierda y derecha, sino la lucha entre democracias y autoritarismos. Esta nueva guerra fría definirá el futuro del orden internacional, y su resultado dependerá de la capacidad de los movimientos democráticos para adaptarse, unir fuerzas y enfrentar a una coalición autoritaria que, independientemente de su color político, comparte el mismo objetivo: el control absoluto del poder.

IX. El resurgimiento del Fascismo

En los últimos años, hemos presenciado un preocupante resurgimiento de movimientos extremistas de derecha en varias partes del mundo. Este fenómeno, que parecía haber sido superado tras la Segunda Guerra Mundial y la caída de los regímenes fascistas en Europa, ha vuelto a tomar fuerza, amenazando con resucitar a un viejo enemigo de la democracia: el fascismo. Este nuevo auge del fascismo no solo pone en riesgo a las instituciones democráticas dentro de los países donde florece, sino que también plantea una amenaza global a la estabilidad política y al orden internacional basado en los derechos humanos y el respeto a las libertades civiles.

El fascismo, con su retórica ultranacionalista, su rechazo a la diversidad y su promesa de restaurar el poder y el orgullo nacional a través de un líder fuerte y centralizado, está encontrando eco en sociedades que se sienten amenazadas por la globalización, el multiculturalismo y las crisis económicas. Los movimientos extremistas de derecha han capitalizado el miedo y la frustración de amplios sectores de la población, presentándose como defensores de la identidad nacional, la "pureza" cultural y la soberanía frente a lo que describen como una élite globalista que pretende dismantlar las tradiciones y valores nacionales. Este discurso, aunque envuelto en la promesa de restaurar la grandeza nacional, sigue los mismos patrones del fascismo del siglo XX: la demonización del "otro", la glorificación de la violencia como medio para alcanzar sus fines y el desprecio por las instituciones democráticas.

Lo más preocupante es que este resurgimiento del fascismo no se limita a los márgenes de la sociedad, sino que está logrando ganar espacio en el ámbito político, influenciando partidos tradicionales y encontrando apoyo en figuras públicas y movimientos sociales que promueven su agenda. En algunos casos, líderes extremistas de derecha han logrado ascender al poder o al menos consolidar una base de apoyo significativa, utilizando las instituciones democráticas para socavar su funcionamiento desde dentro. La narrativa de "nosotros contra ellos", que es central en el fascismo, ha demostrado ser altamente efectiva en tiempos de crisis, donde los problemas económicos, la desigualdad y la percepción de inseguridad alimentan el discurso de odio y exclusión.

Lo irónico de este renacer del fascismo es que, a pesar de su tradicional enemistad con el socialismo y el comunismo, encuentra similitudes sorprendentes con los regímenes autoritarios de izquierda del siglo XXI, particularmente en su metodología para consolidar el poder. A pesar de las diferencias ideológicas superficiales, tanto los movimientos fascistas como los regímenes de izquierda autoritarios comparten ciertos elementos clave: el culto a la personalidad, la concentración de poder en una figura centralizada, la represión de la disidencia y el uso del aparato estatal para manipular la opinión pública y controlar a la sociedad.

Tomemos como ejemplo el socialismo del siglo XXI, una corriente que ha predominado en países como Venezuela y Nicaragua bajo regímenes autoritarios. Aunque en teoría, estos gobiernos se presentan como defensores de los oprimidos, del pueblo y de la justicia social, en la práctica han utilizado muchas de las mismas tácticas que el fascismo clásico para consolidar su control: censura de la prensa, persecución de la oposición, concentración del poder en un líder "salvador" y la creación de una narrativa polarizadora que divide a la sociedad en buenos y malos, leales y traidores.

Este tipo de autoritarismo de izquierda utiliza un discurso populista para movilizar a las masas, al igual que lo hacen los movimientos fascistas. Aunque los regímenes de izquierda se visten de justicia social y antiimperialismo, el resultado final es el mismo: un ataque a las libertades fundamentales, el control férreo de la vida pública y la eliminación de cualquier forma de oposición. En ese sentido, aunque históricamente se presentaron como enemigos mortales, los fascistas y los regímenes autoritarios de izquierda terminan compartiendo muchos de los mismos rasgos y métodos, ya que ambos buscan lo mismo: el control absoluto y la destrucción de la pluralidad política.

Lo que vemos hoy es un resurgimiento de estas ideas extremistas, alimentadas por el desencanto popular y la falta de respuestas efectivas de las democracias para resolver problemas profundos como la desigualdad, la inseguridad y el desempleo. Este contexto de frustración ha

permitido que los movimientos fascistas y los regímenes autoritarios de izquierda no solo sobrevivan, sino que prosperen, alimentando un ciclo de polarización y violencia que pone en peligro la estabilidad global.

El peligro de este resurgimiento es doble: no solo amenaza con destruir las democracias desde dentro, como hemos visto en varios países, donde líderes autoritarios utilizan las instituciones para ganar poder, sino que también refuerza la narrativa autoritaria global, donde gobiernos de izquierda y derecha se apoyan mutuamente en su desprecio por los derechos humanos y la democracia liberal.

En este nuevo contexto, la polarización entre izquierda y derecha es irrelevante frente al verdadero conflicto: el que existe entre quienes defienden los valores de la democracia, la libertad y los derechos humanos, y quienes buscan imponer regímenes autoritarios que limiten la pluralidad política y las libertades individuales. Ya no es una cuestión de izquierdas o derechas, sino de democracias versus autoritarismos. Y en esa lucha, tanto los movimientos fascistas de derecha como los regímenes de izquierda autoritarios están en el mismo bando, amenazando con socavar el orden internacional basado en la libertad, la justicia y la dignidad humana.

El resurgimiento del fascismo no es un fenómeno aislado, sino parte de un panorama global más amplio donde el autoritarismo, ya sea de derecha o izquierda, se está consolidando como una amenaza real para la democracia. La verdadera batalla de nuestro tiempo no es ideológica en términos tradicionales, sino entre quienes defienden las libertades democráticas y quienes buscan consolidar su poder a costa de esas mismas libertades, utilizando la polarización y el descontento para dividir y conquistar.

X. Nicaragua un riesgo de seguridad nacional para las democracias del continente americano

El régimen sandinista de Nicaragua, bajo el liderazgo de Daniel Ortega, se ha convertido en un riesgo de seguridad serio para las democracias occidentales en el continente americano, particularmente para los Estados Unidos. En las últimas décadas, el régimen ha abandonado cualquier pretensión democrática y ha evolucionado hacia un modelo autoritario consolidado que no solo reprime brutalmente a su población, sino que también se ha aliado con actores internacionales que tienen un claro interés en desestabilizar las democracias de la región. Nicaragua, debido a su ubicación geográfica y las alianzas estratégicas que ha forjado, se ha convertido en un centro neurálgico para operaciones que amenazan la seguridad regional y que podrían tener consecuencias graves para los Estados Unidos.

Una de las tácticas más preocupantes utilizadas por el régimen sandinista es la guerra híbrida de inmigración, a través de la cual el gobierno de Ortega ha facilitado el tránsito masivo de migrantes africanos, asiáticos y europeos hacia los Estados Unidos (Véase el trabajo sobre [Instrumentalización de la Migración en América Latina](#), de José Pallais, también becario de este programa).

Además de la amenaza migratoria, el régimen sandinista ha forjado estrechos lazos con regímenes autoritarios como Irán, Rusia y China, lo que convierte a Nicaragua en un punto clave para las actividades de espionaje y operaciones militares que buscan dañar a los Estados Unidos y socavar las democracias en el continente americano. A través de programas militares y de

inteligencia, estos regímenes han establecido una presencia sólida en Nicaragua, utilizando al país como base de operaciones para proyectar su influencia en la región.

Presencia de Rusia en Nicaragua.

Rusia, en particular, ha establecido una relación estratégica con el régimen sandinista, desplegando personal militar y equipos de inteligencia en el país. Desde la apertura de un centro de capacitación para las fuerzas armadas nicaragüenses hasta la instalación de infraestructuras de espionaje, Rusia ha convertido a Nicaragua en un punto de vigilancia clave para sus operaciones en América Latina. Estos esfuerzos no solo están dirigidos a mantener el control sobre Nicaragua, sino que también buscan proyectar la influencia rusa sobre otros países de la región, actuando como un contrapeso a la influencia de los Estados Unidos en el continente. Además, Rusia ha sido proveedor de armamento y tecnología militar al régimen de Ortega, lo que ha permitido al ejército nicaragüense reforzar su capacidad represiva interna y su infraestructura de seguridad, al mismo tiempo que fortalece lazos estratégicos con Moscú. La cercanía geográfica de Nicaragua a los Estados Unidos convierte al país en un punto geopolítico relevante para las aspiraciones de Rusia en el hemisferio occidental.

Infiltración China.

China, por su parte, ha profundizado sus vínculos económicos y militares con el régimen sandinista, utilizando a Nicaragua como parte de su estrategia para expandir su influencia en América Latina. A través de tratados de “libre comercio” y programas de capacitación tecnológica, China ha consolidado su presencia en el país, construyendo relaciones que no solo benefician al régimen de Ortega en términos económicos, sino que también aseguran su lealtad en el plano geopolítico. Las ambiciones de China incluyen el establecimiento de una infraestructura militar y de espionaje que le permita expandir su capacidad de vigilancia en la región, amenazando directamente los intereses de seguridad de los Estados Unidos.

El papel de Irán:

Irán, otro aliado clave del régimen sandinista, ha utilizado a Nicaragua como un nodo estratégico para expandir su presencia en América Latina. A través de la cooperación con el régimen de Ortega, Irán ha establecido redes de inteligencia y alianzas con actores no estatales, como Hezbollah, que ya tiene una fuerte presencia en la región. Estas alianzas permiten a Irán proyectar su influencia en el hemisferio occidental, desafiando a las democracias y creando una plataforma para realizar operaciones encubiertas y desestabilizadoras, tanto en América Latina como contra los Estados Unidos.

El régimen sandinista ha abierto la puerta a estos actores extranjeros, proporcionando una base segura para sus operaciones militares y de espionaje, lo que convierte a Nicaragua en un riesgo significativo para la estabilidad de la región. Las alianzas estratégicas entre Nicaragua y estos regímenes autoritarios no solo son un desafío para las democracias en América Latina, sino que también representan una amenaza directa a la seguridad nacional de los Estados Unidos. Al permitir que actores como Rusia, China e Irán establezcan una base en el hemisferio occidental, el

régimen de Ortega está facilitando que estos países lleven a cabo operaciones que podrían incluir ciberataques, espionaje militar y económico, y la infiltración de redes terroristas o criminales.

El régimen sandinista de Nicaragua, al consolidarse como un bastión para regímenes autoritarios extranjeros, representa una seria amenaza de seguridad para las democracias en el continente americano, y particularmente para los Estados Unidos. La guerra híbrida de inmigración que utiliza para desestabilizar a los países vecinos, facilitando tanto la migración de sus propios ciudadanos como la entrada de inmigrantes ilegales desde Medio Oriente y África, junto con la presencia de actores como Rusia, China e Irán en su territorio, hace de Nicaragua no solo una dictadura represiva, sino un pivote estratégico para las ambiciones de regímenes autoritarios que buscan dismantelar las democracias occidentales y debilitar la influencia de Estados Unidos en la región. Este escenario requiere una atención urgente y una estrategia coordinada para contrarrestar estas amenazas, tanto a nivel diplomático como de seguridad.

XI. La necesidad de un balance político basado en la ciencia y la razón

En el contexto actual de América Latina y otras partes del mundo, se ha vuelto evidente que los planteamientos extremistas, ya sean de izquierda o de derecha, no solo han fracasado en resolver los problemas fundamentales de las sociedades, sino que han generado una polarización extrema que divide a las poblaciones. Los discursos radicales, al centrarse en la demonización del oponente y la simplificación de problemas complejos, han creado un clima de hostilidad y desconfianza que convierte a las democracias en terrenos fértiles para el autoritarismo. Estos extremos se alimentan mutuamente, provocando una espiral de reacciones cada vez más violentas y divisivas, que paralizan el progreso y destruyen la cohesión social.

El extremismo de izquierda, con su insistencia en la redistribución masiva sin considerar la sostenibilidad económica, y el extremismo de derecha, con su enfoque en la exclusión y el nacionalismo, han demostrado ser incapaces de ofrecer soluciones viables y estables a largo plazo. Ambos extremos terminan por sembrar resentimiento y frustración, empujando a amplios sectores de la población a la desesperación y a la búsqueda de soluciones autoritarias que prometen restablecer el “orden”. Este ciclo de polarización y reacción solo profundiza las crisis sociales, económicas y políticas, debilitando las democracias e incrementando las posibilidades de que los líderes autoritarios tomen el control bajo la bandera de “salvar a la nación” de la decadencia.

Es en este contexto es que surge la necesidad urgente de una nueva corriente ideológica, que rompa con los esquemas tradicionales del extremismo y el dogmatismo, y que se base en principios racionales, en la evidencia científica y en el compromiso con los valores democráticos. Esta nueva corriente, que podemos llamar “Democracia Racionalista”, busca trascender las divisiones artificiales entre izquierda y derecha, centrándose en un enfoque equilibrado que promueva el bienestar de todos los ciudadanos sin recurrir a soluciones simplistas o radicales. Los fundamentos de la Democracia Racionalista son:

1. **La Razón y el Diálogo como Principios Fundamentales:** En lugar de seguir el camino del extremismo, la Democracia Racionalista pone la razón y el diálogo en el centro del debate político. Esto significa que las políticas públicas y las decisiones de gobierno deben basarse en el análisis racional y la evidencia científica, no en las pasiones ideológicas o los intereses partidistas. Los problemas complejos requieren soluciones igualmente complejas y

matizadas, y solo a través de un debate informado, respetuoso y abierto se puede llegar a consensos que beneficien a toda la sociedad.

2. **La Ciencia y la Tecnología como Motores del Progreso:** La Democracia Racionalista reconoce que el avance de la ciencia y la tecnología es esencial para el desarrollo de las sociedades. En lugar de caer en discursos anticientíficos o de resistencia al progreso, esta corriente ideológica busca promover la innovación, la educación científica y la tecnología, como herramientas clave para resolver los problemas económicos, ambientales y sociales. La lucha contra el cambio climático, la mejora de los sistemas de salud y educación, y la construcción de economías sostenibles solo serán posibles si se invierte en el conocimiento científico y en la capacidad de adaptación tecnológica.
3. **Equilibrio entre el Estado y el Mercado:** A diferencia de los extremos de izquierda, que promueven la estatización total, o de derecha, que abogan por un *laissez-faire* absoluto, la Democracia Racionalista busca un equilibrio pragmático entre el Estado y el mercado. El Estado debe cumplir un rol regulador y protector, asegurando que los derechos fundamentales de las personas se respeten, mientras que el mercado debe operar de manera eficiente para generar crecimiento y oportunidades. Un balance entre la intervención estatal en sectores clave, como la salud, la educación y el medio ambiente, y la libertad económica es la clave para garantizar el bienestar general y el progreso.
4. **Inclusión y Pluralidad como Valores Democráticos Esenciales:** La Democracia Racionalista rechaza las políticas de exclusión, ya sean basadas en criterios de raza, género, religión o clase social. El extremismo de derecha, con su xenofobia y su énfasis en la homogeneidad cultural, y el de izquierda, con su lucha de clases confrontacional, solo promueven la división y la violencia. En cambio, esta corriente promueve la inclusión y la pluralidad como valores esenciales de la vida democrática. La diversidad es una fuente de riqueza cultural y social, y las políticas deben estar orientadas a garantizar que todos los individuos puedan participar plenamente en la sociedad.
5. **Instituciones Fuertes y Transparencia:** Para evitar que la polarización conduzca al autoritarismo, la Democracia Racionalista defiende la necesidad de instituciones fuertes, independientes y transparentes. Solo cuando las instituciones democráticas son robustas y operan de manera justa y eficaz, se puede garantizar el equilibrio de poder y la rendición de cuentas. El ataque a las instituciones, que es una característica común de los regímenes autoritarios, debe ser combatido mediante la participación activa de la ciudadanía y el fortalecimiento del estado de derecho.

Un Camino Hacia el Futuro

La Democracia Racionalista no es una utopía, sino una propuesta práctica que busca restablecer el equilibrio en sociedades que han sido desgarradas por la polarización ideológica. Al poner el foco en la razón, la ciencia, la tecnología y los principios democráticos, se puede construir un sistema político que no solo permita la supervivencia, sino también la prosperidad de todas las personas. Este enfoque equilibra los intereses individuales con el bien común, asegurando que las políticas públicas sean justas, sostenibles y basadas en la realidad, no en fantasías ideológicas.

La clave de esta nueva corriente es reconocer que los desafíos del siglo XXI —como el cambio climático, la desigualdad, las crisis migratorias y las disrupciones tecnológicas— no pueden ser resueltos desde los extremos ideológicos, sino desde un enfoque que combine lo mejor de la razón humana con el compromiso democrático. Es un camino de equilibrio, donde las

decisiones no se toman para beneficiar a una élite política o económica, sino para asegurar que todos los ciudadanos tengan la oportunidad de prosperar en un mundo en constante cambio.

Para los gobiernos y movimientos políticos de Latinoamérica, alejarse de los extremismos y adoptar esta nueva corriente es una necesidad urgente. Solo así se podrá evitar la trampa de la polarización que prepara el terreno para el autoritarismo, y crear una sociedad donde el diálogo, el consenso y el respeto por la diversidad sean las bases de una democracia saludable y duradera. En última instancia, la Democracia Racionalista ofrece una vía para superar el ciclo destructivo del extremismo y abrir un nuevo capítulo de progreso, justicia y libertad para todos.

XII. Los demócratas versus los autoritarios

En los tiempos actuales, la polarización política entre la izquierda y la derecha ha perdido gran parte de su sentido práctico como explicaba previamente con ejemplos puntuales, pero en este capítulo seré más explícito sobre la verdadera división política de estos tiempos. Hoy, la mayoría de los individuos moderados, independientemente de sus posturas ideológicas, coinciden en dos principios fundamentales: el respeto por el orden democrático y la defensa de los derechos humanos. Las antiguas divisiones ideológicas ya no son la cuestión central, ya que las verdaderas diferencias entre ellos se han reducido a desacuerdos técnicos sobre la mejor manera de gestionar la economía y los programas sociales. En lugar de divergencias profundas sobre la estructura del sistema, el debate se ha trasladado a cómo mejorar la economía de libre mercado, si se deben expandir o ajustar los programas de bienestar social, y cómo enfrentar cuestiones sociales como el aborto o los derechos de las comunidades LGBT.

A lo largo de los años, ha surgido un consenso entre los moderados de izquierda y derecha en torno a la economía de libre mercado como el modelo más eficaz para fomentar el crecimiento y la prosperidad. Las controversias que permanecen no giran en torno a la existencia del libre mercado, sino sobre la naturaleza y el alcance de la intervención estatal. Los debates se centran en cuánto debe intervenir el gobierno para regular el mercado o hasta qué punto debe expandirse el bienestar social, y las diferencias entre ambos espectros son ahora de grado más que de principio.

Asimismo, cuestiones sociales como el aborto o los derechos de las comunidades LGBT, que históricamente han sido puntos de gran conflicto, pueden resolverse mediante soluciones bipartidistas consensuadas en congresos democráticos. Estas son discusiones que, aunque generen desacuerdos, no deberían ser motivo para polarizar y dividir profundamente a la sociedad. Con un enfoque moderado y pragmático, es posible llegar a acuerdos que respeten la pluralidad de opiniones y mantengan la estabilidad social.

Sin embargo, la verdadera amenaza de nuestro tiempo no proviene de estas diferencias técnicas, sino del avance de los regímenes autoritarios. Los autoritarios se han vuelto hábiles en aprovechar los desacuerdos internos de las democracias para profundizar la polarización política y así debilitar las instituciones democráticas desde dentro. Aprovechan las tensiones entre los moderados de izquierda y derecha para sembrar desconfianza, magnificar las diferencias y fragmentar el consenso democrático. En este sentido, los regímenes autoritarios manipulan estos desacuerdos técnicos y los presentan como divisiones insuperables, cuando en realidad son temas que pueden resolverse mediante el diálogo y el compromiso.

Este tipo de polarización artificial es precisamente lo que alimenta el ascenso del autoritarismo. Los regímenes autoritarios se aprovechan de las crisis internas de las democracias para presentarse como soluciones fuertes y eficaces a los problemas que aquejan a la sociedad,

aunque sus verdaderos fines sean la concentración del poder y la erosión de las libertades fundamentales. En este contexto, la estrategia de los moderados de izquierda y derecha no puede ser otra que la unidad.

Es urgente que los individuos moderados de ambos espectros políticos superen la polarización y unan fuerzas frente a este nuevo conflicto mundial que enfrenta a los demócratas contra los autoritarios. Las diferencias técnicas sobre políticas económicas o programas sociales no deben ser vistas como irreconciliables, sino como oportunidades para el debate constructivo dentro de un marco democrático. Mientras las democracias se debilitan internamente por la polarización, los regímenes autoritarios fortalecen su poder, erosionando los derechos humanos y las libertades políticas en todo el mundo.

Los moderados de izquierda y derecha deben reconocer que las diferencias ideológicas que los separan no son nada en comparación con la amenaza real del autoritarismo global. El verdadero conflicto de nuestro tiempo no se define entre izquierda y derecha, sino entre aquellos que creen en la democracia, el estado de derecho y los derechos humanos, y aquellos que buscan imponer regímenes autoritarios. Si los moderados no superan sus diferencias y se unen en defensa de los principios fundamentales de la libertad y la justicia, estarán abriendo el camino a quienes desprecian esos valores.

Por lo tanto, los moderados deben liderar un frente común, dejando atrás las discusiones innecesarias que solo sirven para dividir y debilitar las democracias. Los desacuerdos técnicos sobre la gestión económica o el bienestar social no deben impedir que se unan en torno a la defensa de la democracia. Al superar la polarización, los moderados pueden contrarrestar los intentos de los autoritarios de sembrar divisiones y desestabilizar el sistema democrático desde dentro.

En definitiva, la polarización política entre izquierda y derecha ha perdido su relevancia en un mundo donde la verdadera división se encuentra entre demócratas y autoritarios. Es hora de que los individuos moderados de ambos espectros políticos dejen de lado las pequeñas diferencias y unan fuerzas para enfrentar el desafío global que representa el autoritarismo. Solo a través de la unidad y la cooperación, los demócratas de izquierda y derecha podrán preservar los valores fundamentales que sostienen nuestras sociedades libres y garantizar un futuro basado en la justicia, la libertad y los derechos humanos para todos.

XIII. Conclusión

A lo largo de mi vida, he experimentado en carne propia lo que significa vivir bajo un régimen autoritario. Fui víctima de cárcel, exilio y tortura a manos del despiadado régimen sandinista, una dictadura que ha destruido la esencia democrática de mi país y ha reprimido sin piedad a quienes se atreven a alzar la voz por la libertad. Estas experiencias han marcado mi visión y me han impulsado a buscar soluciones que puedan ofrecer una defensa efectiva a la democracia, no solo en mi país, sino también en el mundo entero. Este ensayo surge como respuesta a esa necesidad, una propuesta que busca soluciones prácticas y modernas, alejándose de los métodos ortodoxos, pero con un objetivo claro: **defender los principios democráticos ante la creciente amenaza del autoritarismo global.**

El autoritarismo en la actualidad ya no se manifiesta de manera aislada o local; es un fenómeno internacional que ha sabido adaptarse a las dinámicas de la era de la información y la globalización. Los regímenes autoritarios colaboran entre sí, se asesoran mutuamente en tácticas represivas y utilizan las herramientas tecnológicas para reforzar su control y debilitar a las

democracias. A lo largo de este ensayo, he intentado no solo analizar esta realidad emergente, sino también presentar propuestas que, aunque no sean convencionales, representan soluciones eficaces para frenar el avance del autoritarismo y defender las libertades fundamentales.

Mi experiencia personal con el régimen sandinista me ha enseñado que la resistencia a la tiranía no puede basarse en medidas tradicionales que ya no son suficientes. Las sanciones económicas, las condenas internacionales y las protestas pacíficas, aunque válidas, han demostrado ser insuficientes frente a los regímenes que se sostienen con redes globales de apoyo. Es necesario adoptar estrategias más sofisticadas y coordinadas, que involucren no solo a las democracias consolidadas, sino a la sociedad civil, la tecnología, y un nuevo enfoque de cooperación global.

En este sentido, la inteligencia artificial, la colaboración internacional y la necesidad de superar las divisiones ideológicas entre moderados de izquierda y derecha, son claves en este momento. A lo largo de este ensayo, he explorado cómo la IA puede ser utilizada para debilitar los regímenes autoritarios desde dentro, exponiendo sus redes de corrupción, contrarrestando sus campañas de desinformación, y protegiendo a las democracias de los intentos de manipulación. La tecnología es una de las herramientas más poderosas que tenemos a nuestra disposición, y debemos utilizarla para crear un ecosistema de resistencia que contrarreste el Ecosistema Tiránico Internacional que los autoritarios han establecido.

A pesar del sufrimiento personal que he soportado, mi lucha no ha sido en vano. Esta experiencia me ha permitido ver con claridad que, para defender la democracia, no podemos aferrarnos a las viejas recetas. Debemos tener el coraje de innovar, de explorar estrategias que sean más efectivas en el contexto actual, y de entender que la unión entre los defensores de la libertad es más importante que nunca. Es necesario que los individuos moderados, tanto de izquierda como de derecha, dejen atrás sus divisiones ideológicas para centrarse en el enemigo común: el autoritarismo.

Mi propuesta aquí no busca imponer una verdad absoluta, sino abrir un debate sobre nuevas formas de lucha que no solo respeten los principios democráticos, sino que también ofrezcan soluciones concretas y viables para enfrentar los desafíos que tenemos por delante. La democracia, como cualquier sistema vivo, debe evolucionar para adaptarse a las nuevas amenazas. Y esa evolución debe basarse en una estrategia global, unificada y moderna, que emplee todos los recursos disponibles para proteger las libertades y garantizar que las generaciones futuras no tengan que sufrir lo que yo, y tantos otros, hemos tenido que soportar.

En este ensayo, planteo la necesidad de superar la polarización interna de nuestras sociedades democráticas, que ha sido explotada por los regímenes autoritarios para debilitarnos desde dentro. He sido testigo de cómo los autoritarios se aprovechan de nuestras divisiones para avanzar en sus agendas, y estoy convencido de que solo a través de la unidad y la cooperación entre los moderados podemos enfrentar con éxito esta amenaza global.

Este documento pretende ser una llamada a la acción a quienes han vivido el exilio, la tortura, o la represión; a quienes se encuentran luchando en primera línea en defensa de la democracia; y a quienes aún creen en un futuro donde los derechos humanos y las libertades fundamentales prevalezcan. Las soluciones que presento aquí no son ortodoxas, pero en tiempos de crisis, la innovación es clave. Es hora de que las democracias del mundo se adapten, adopten nuevas herramientas y estrategias, y se enfrenten al autoritarismo con la fuerza de la razón, la tecnología y la unidad. Solo así podremos garantizar que la libertad y la justicia prevalezcan.